

## VII

## La pista del crimen.

El aviso del general al hotel Caylus había producido su efecto.

Las gentes del marqués, su viejo ayuda de cámara, el portero, el cochero y algunos otros criados se habían alarmado al leer el enigmático papel.

Su contenido despertaba en ellos presentimientos tristes.

La situación tenía tanta mayor gravedad, cuanto que la marquesa de Caylus y su hijo Jorge estaban todavía en Niza y necesitarían cerca de cuarenta y ocho horas para llegar á Paris.

¿Qué hacer?

Los criados, asustados, habían prevenido al comisario de policía del barrio, quien después de una breve inspección, había advertido al jefe de seguridad y al prefecto de policía.

El asunto era de esos que tienen gran resonancia y que no se dejan de la mano.

El muerto era un personaje.

¡Un Caylus!

La policía se hacía dos preguntas á las que no era fácil contestar.

Primera: ¿á quién diablos le había ocurrido la idea de levantar la tapa de los sesos al marqués de Caylus?

Segunda: ¿y por qué?

Esto era muy seguro.

¿Había sido por robarle?

No.

Los muebles ni aun habían sido abiertos.

La habitación no ofrecía el menor desorden.

La policía registraba por todas partes, sin perdonar los más escondidos rincones, y sin hallar el menor rastro que pudiera darles un rayo de luz, mientras un médico examinaba el cadáver de aquel joven y hacía constar que evidentemente se trataba de un asesinato.

Explicaba á los agentes con la seguridad y testarudez de sus colegas:

—La víctima estaba ahí, sobre esa silla; iba abrir este pupitre; el asesino estaba oculto detrás de esa cortina; no tuvo más que extender el brazo y oprimir el gatillo.

Esta era la verdad de lo ocurrido, aunque no completamente.

La pólvora había ennegrecido la piel de alrededor de la herida.

El marqués, muerto instantáneamente, había caído de lado sobre la alfombra donde permanecía tendido.

Nadie se había atrevido á levantarle á fin de dejar á los magistrados la posibilidad de reconstituir las escenas y de entregarse á todas las consideraciones que les ocurrieran.

Imposible cometer un crimen con más orden y más precaución.

No se veía el menor desorden.

Pero lo que el asesino no había hecho, la horda de policíacos lo hizo.

Todo fué saqueado.

Los muebles violados dejaron profanar los encajes de precio, los guantes olvidados, las batistas impalpables, una multitud de baratijas de las que cada una tenía su historia.

Los cajones, entregaron los secretos de amo-



res antiguos y caprichos pasados, billetes amorosos, fotografías, miniaturas, cuyos modelos debieron echarse á temblar al saber la noticia de aquel crimen misterioso del que todo París se ocuparía.

Los agentes se comunicaban sus impresiones con el cinismo con que les acoraza la costumbre, como al cirujano que, de corazón sensible en un principio, concluye por cortar brazos y piernas y registrar entrañas con una imperturbable serenidad.

El jefe de policía, examinaba con el doctor el cadáver del marqués, fijándose en la herida hecha con un arma de calibre ordinario, uno de esos revólvers que fabricados á millares, no pueden dar ninguna luz á la justicia, y se irritaba ya á la idea de ver su prestigio disminuido.

—Esto es lamentable, no se encuentra el menor indicio, decía.

Y sin embargo había un criminal puesto que había un crimen.

Necesitaba al culpable ó en su defecto un sospechoso, fuera el que quisiera, un inocente sobre cuya cabeza se pudieran fundar presunciones semi-pruebas, una masa de argumentos que el jurado no admite siempre; pero que hacen decir.

—¡Y sin embargo, el era el criminal! La policía le cogió... Jurados ciegos le han absuelto. ¡Pobres jurados!

Y de cuando en cuando decía el jefe, tocándose la frente:

—¿Dónde está la mujer?

Esto era elemental.

Pero por más que interrogó á los criados

del marqués, á los vecinos, nada pudo averiguar.

El asunto estaba más oscuro cada vez.

—¿No se le conocían enemigos al marqués?

—Ninguno.

—¿Se sabe á qué había venido anoche á este pabellón?

—A lo que venía de ordinario sin duda. Tenía una cita.

—¿Con quién?

—Con una desconocida, no sabemos el nombre; el marqués no era comunicativo, no daba á nadie cuenta de sus asuntos.

El jefe de los sabuesos se irritaba positivamente.

Y sus esbirros, azuzados por él, continuaban el inventario.

La casa había sido saqueada.

Al decir saqueada, nos referimos á los víveres; porque los agentes, sin duda para tomar fuerzas y continuar con más ánimo su penosa misión, se echaban al cuerpo sendos tragos de licores y buenos vasos de vino de Málaga, teniendo la precaución de acompañar esto con galletas y algunos fiambres que encontraron en el comedor.

Los aparadores, en donde estaban hermosas vajillas de Sevres y servicios de plata para té y café, habían sido minuciosamente registrados.

En el dormitorio, los colchones, las colchas de satén, las sábanas de admirable finura, yacían en el suelo; los objetos de aseo, las cajas de polvos.

Los jarros antiguos con cabeza de oro y plata cincelada, pasaban de mano en mano. ¡Y nada!



Ni el más mínimo indicio.  
Sin embargo, el jefe no desesperaba todavía.  
Siempre, por algún detalle insignificante,  
se vende á sí mismo el criminal.

El lo esperaba.

Tenía razón.

Un agente se acercó á él con una cara que parecía pronunciar la palabra tantas veces repetida después de Arquímedes:

—¡Eureka!

El policiazo en jefe murmuró lanzando un suspiro de satisfacción.

—¡Por fin!

Se recordará que el marqués, muy prendado de Aurora, muy generoso también, para darla una prueba de amistad y tal vez, sobre todo, para vencer sus últimas resistencias, deslumbrándola, había escrito algunas líneas que se proponía entregarla en el momento psicológico.

Estas líneas las había dejado en el cajón de su pupitre.

El agente acababa de descubrirlas.

El jefe las leyó.

«Doy á mi amiga Aurora Milton, etc.»

Su cara se iluminó.

¡La mujer!

Tenia ya á la mujer el ovillo conductor, su hilo de Ariadna.

¡No era difícil encontrarla!

¡Una vendedora de periódicos!

La desconocida que el joven esperaba era aquella Aurora Milton.

Ella debía haber presenciado el asesinato, ser testigo, la cómplice, el autor tal vez.

En todo caso por ella se obtendrían informes.

Era una verdadera victoria, la salvación del prestigio.

Ordenó á sus subordinados que siguieran registrando hasta que él volviera.

Bajó de prisa á la calle seguido de un subalterno, y montando en el primer coche que pasó ordenó al cochero:

—Calle del Bac, esquina al boulevard Saint German.

Se frotaba las manos de júbilo.

El asunto era soberbio, original, novelesco.

El billete anónimo, por el que habían sido prevenidos los criados del hotel Caylus, añadía cierta rareza.

El ambicioso polizonte no quería dejar á nadie el honor de desenredar aquella madeja judicial á echar mano á aquella Aurora Milton.

En pocos minutos llegó á la esquina del boulevard.

El kiosko estaba todavía solitario.

La partida de la joven vendedora parecía haber dispersado á la clientela.

La señora Simonet estaba concluyendo de colocar sus diarios.

El hombre de la seguridad la abordó y quedó completamente sorprendido al encontrarse con una mujer de cierta edad, en lugar de la hermosa joven que esperaba ver.

—¿La señorita Milton?—preguntó.

La señora Simonet le miró de arriba á bajo.

La inspección ocular no la dejó muy satisfecha.

Contestó con desconfianza.

—¿Qué la queréis?

—Necesito hablarla,

—¿Vos?



—Sin duda, yo.

—¿De qué?

—De asuntos.

—No está aquí.

—Ya lo veo.

—Y no vendrá. Aquí no ha estado más que unos días.

—¿Dónde está?

—No puedo decíroslo.

—¿Dónde vive?

La señora Simonet vacilaba.

Una mirada fría é imperiosa del desconocido la decidió.

Después de todo, sería siempre fácil conocer su dirección.

—Calle de San Andrés—dijo de muy mala gana.

—¿Número?

La vendedora lo indicó.

El policiaco de las patillas y patas de conejo no preguntó más.

Volvió á montar en el coche y se dirigió al punto indicado.

El aspecto sucio de la casa y la raposa que desempeñaba las funciones de portera, le previnieron mal.

¿Cómo una joven que vivía en un tugurio semejante podía haber conquistado á un hombre como el marqués de Caylus?

—¿La señorita Milton?—preguntó.

—Ha salido—contestó la portera.

—¿Vive aquí?

—Sí.

—¿No hay nadie en su casa?

—Sí, una enferma y una criada vieja.

—¿Se las puede ver?

—No sé tanto. Informaos.

—¿Dónde?

—En el tercero, la segunda puerta de la derecha en el pasillo.

Mónica fué quien abrió.

El polizonte tuvo que repetir tres veces el nombre de la que buscaba.

Le costó trabajo obtener contestación.

Como la señora Simonet, la vieja aldeana decía á aquel visitante, cuyo aspecto la desagradaba:

—¿Qué es lo que queréis á esa criatura?

Elena, al oír que hablaban á la puerta, á pesar de su gran debilidad, acentuada por los acontecimientos de la noche y la visita que habia recibido aquella mañana, salió á ver qué ocurría.

El polizonte, al ver aquella joven pálida, de facciones agradables y ojos llenos de inteligencia, dijo:

—Por fin encuentro con quien hablar. ¿Podéis escucharme un momento?

Aquello era una orden.

El tono lo indicaba.

El agente se dió á conocer al preguntarle Elena qué era lo que tenía que decirle.

Al mismo tiempo examinaba con la vista aquel pobre interior como habia examinado el lujo de la casa de Caylus.

Y se mordía los labios, como el hombre que se encuentra enfrente de una situación difícil de desembrollar.

—¡Parecéis muy débil!—dijo bruscamente.—Sentaos. Tengo una porción de preguntas que haceros.

Y con una seña indicó á su compañero que



procediese á abrir los muebles y examinar los papeles y objetos que encontrase.

Recomenzaba el saqueo del pabellón Caylus; pero qué diferencia entre los dos mobiliarios!

En seguida preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que estáis en París?

—Un año, próximamente.

—¿Tenéis rentas?

La pregunta era más que irónica.

Era insolente.

—No—contestó Elena.

—Parecís enferma...

—Lo estoy, en efecto.

—¿Grave?

—Eso dicen.

—¿Qué padecéis?

—Elena sintió que sus mejillas ardian por la vergüenza.

Y como ella callase, el agente repuso brutalmente:

—Llamad las cosas por su nombre. Estoy acostumbrado á oír todo. No me escandalizaréis... ¿Consecuencias de un parto, si no me equivoco?

—¡Caballero!

—Eso se ve. Sería muy tonto si aunque no pertenezco á la Facultad me equivocase en este caso. ¿Tenéis un hijo?

Elena bajó la cabeza.

Esto equivalía á una confesión.

—¿Dónde está?

—En Dammartín, en nohriza.

—¿Quién la paga? ¿El padre?

—No la ha pagado nadie, se la deben sus mensualidades.

—¡Ah!

Esto era más que la escasez, más que la miseria confesada.

Era la pobreza vergonzante, que sufre y se oculta.

El hombre continuó sus preguntas:

—¿No sois casada?

—No.

—Os lo pregunto por mera fórmula. ¿Madre soltera entonces?

¡Madre soltera! El insulto más vil que un polizonte podia arrojar á la faz de la desgraciada.

Elena se sublevó.

—Caballero—dijo,—yo no tengo cuentas que dar á nadie.

—¿Eso creéis?

—Pero...

—Estáis equivocada, y os ruego me digáis vuestro nombre y apellidos, así como el lugar de vuestro nacimiento... ¡Y, en fin, vuestros medios de vida!

—¿Y si me niego?

—Os llevaré á la prevención entre dos agentes.

—Yo no he cometido, sin embargo, ningún delito.

—Eso es lo que se trata de saber. ¡Contestad!... El tiempo apremia.

—Me llamo Elena de Solmes...

—¿En dos palabras?

—Sí.

—¿Sois de la nobleza! ¡Diablo! Estáis un poco decaída, á lo que parece.

Es imposible dar idea de la dureza de las preguntas soeces que aquel hombre hizo á la pobre Elena, de la burla con que las acompa-



ñaba, de lo impertinente que estuvo con aquella pobre joven, incapaz de defenderse por tres razones.

Era mujer, estaba enferma y era pobre.

—¿Dónde nacistéis?

—En la Nievre.

—¿En qué sitio?

—En Nevers.

—¿Qué edad tenéis?

—Diez y nueve años.

—¿Dónde vivíais ultimamente?

—¿Antes de venir aquí?

—Sí.

—En una finca que pertenecía á mi padre, en la Sauvetiere.

—¿Qué término?

—No lo recuerdo: cerca de Riom.

—¿Puy-de-Dome?

—Sí.

—¿Vuestro padre?

—No existe.

—¿Sus bienes?

—Fueron vendidos.

—Comprendo: todo desapareció. ¿Entonces os vinistéis á París?

—En efecto.

—¿Sola?

—No, con una vieja criada.

—¿La sorda que me ha abierto?

—Precisamente.

—¿Teníais también con vos una amiga?

—Es verdad.

—¿Aurora Milton?

Elena se inclinó.

—¿De qué habéis vivido?

—De algún dinero que habíamos traído.

—¿No os queda ninguno?

—No.

—Es preciso trabajar.

—Eso es lo que hemos hecho; yo, mientras he podido; mi amiga, siempre.

—¿En qué?

—En la costura.

—Con eso no se gana para comer, sobre todo cuando se tiene criada y un hijo. Ocupémos de vuestra amiga. En estos últimos tiempos vendía periódicos...

—Eso es exacto.

—¿Buscó otros medios de procurarse dinero, tuvo amantes...

—¡Oh, caballero!...

—¿Por qué no?... Vos los habéis tenido, al menos uno. En una palabra, ayer tenía una cita. Fué á ella.

Elena permaneció muda.

¿Qué hubiera dicho á aquel hombre que no pensaba más que mal? ¿Cómo explicarle lo que había pasado entre Aurora y ella?

El agente repuso:

—Fué y no ha vuelto. Es inútil negar... Lo sé... ¿Donde está? Es preciso que me lo digáis. Hablad.

Elena estaba aterrada.

—¿La creéis culpable—balbució.— ¡Es un ángel!

—De pureza—dijo en tono de burla el polizonte.—Seguid, no os apuréis.

La enferma se sentía desfallecer.

Sufrió horriblemente. No estaba en estado de soportar las angustias que pasaba desde hacía algún tiempo, y sobre todo desde hacía algunos días.